

315 West Madison Street.

Baltimore, Md., U.S.A.

11 de Noviembre de 1948.

Sr. Don José Luis Romero  
BUENOS AIRES, Argentina.

Querido amigo:

Supongo que su hermano Francisco le comunicó ya nuestro cambio de dirección a Baltimore, a menos que haya ~~ya~~ sido yo mismo quien escribiera a usted al efecto rogándole transmitiera la noticia a su hermano. Como no tengo -¡ay de mí! - secretaria, no puedo guardar en archivos estos importantes datos. En todo caso, su carta de finales de Agosto me fué retransmitida a Baltimore, después de haber rodado unos días por Princeton, N.J. Por ella me entero de que su período operativo, operático u operacional ha tocado a su fin sin otras consecuencias que las de haber aumentado su cultura clínico-farmacéutica y especialmente médico-económica. Veo, con relativa satisfacción, que entre sus amigos soy el único que ha tenido en cuenta lo que los escolásticos llamaban ya en su tiempo "las segundas extirpaciones" (no ajenas, por cierto, a las "segundas intenciones"), lo cual demuestra no mi inteligencia ni mi perspicacia, sino simplemente una coincidencia en angusturas económicas que nos honra y nos hace polvo. No prosigamos.

Sus actividades histórico-escriptorias me llenan de satisfacción, cosa que, por supuesto, le tendrá a usted sin cuidado. De todos modos, quiero dejar constancia de que me complace verle avanzando en una teoría sobre la historia de Occidente, aunque no se digne usted proporcionarme más datos que la escueta noticia de su avance. Imagino, en todo caso, que algo tendrá que ver con lo que hemos debatido y dilucidado en nuestras espaciadas pláticas, donde hubo -usted lo recordará- una buena cantidad de acuerdos y coincidencias. Por lo que a mi hace, no me atrevo a confiarle mis secretos acerca de la historia universal, entre otras razones porque mis pensamientos al respecto permanecen por el momento en un estado bastante nebuloso. Desde luego, no he podido dedicar mucho tiempo a mi proyectado libro sobre "El sentido de la historia", porque desde mi llegada a EE.UU. me he dedicado a revolver millares de volúmenes de filosofía con vistas a la preparación de una tercera y abultadísima edición de mi "Diccionario de Filosofía". El término "preparación" es, por supuesto, un eufemismo; la verdad es que hasta el momento he redactado nada menos que más de 300.000 palabras "nuevas" (para emplear el metron de este país), amén de haber refundido una gran cantidad de artículos y de haber compilado una inmensa y abrumadora bibliografía. No sé si terminaré esta labor casi ciclópea, como me propongo, hacia Marzo del próximo año; en todo caso, puedo asegurarle que desde hace nueve meses vengo traba-



jando en el asunto nueve horas diarias (con descansos intermedios, algunos bastante dilataditos), y que este tren de vida (si puedo utilizar una palabra tan poco adecuada para semejante trabajo) me ha impedido consagrar tiempo a mis teorías personales. Estoy seguro de que mis presuntos lectores no lo lamentan en vista de la escasa atención que, con honrosas excepciones, prestan a mis sutiles argumentos. Pero, desde luego, no olvido el propósito, y espero realizarlo en parte cuando, ya en Buenos Aires, alterne mi fastidiosa labor enciclopédica -en la que usted, no lo olvide, está altamente y a la vez profundamente comprometido- con largas discusiones que tendremos en nuestros momentos de ocio. Mi proyecto es, por otro lado, lo suficientemente ambicioso para que no pueda llevarse a cabo sin algunos años preparatorios. No solamente quiero dar una interpretación del contenido total de la historia (nada menos), sino que, además, y sobre todo, quiero realizar una investigación "exhaustiva" de un asunto que hasta ahora, creo yo, está limpio y virgen: la fundamentación de una "lógica del lenguaje histórico". Sospecho que de la historia puede hablarse de muchas maneras, y que es necesario establecer una especie de sintaxis general de los diversos lenguajes históricos posibles, con una jerarquía de niveles de lenguaje por medio de la cual llegue a tener sentido hablar de una historia nacional, de la historia de una civilización y, en último término, de una historia universal. El proyecto es grandioso. Porque, entre otras cosas, me veré obligado a elaborar con detalle e in extenso una lógica modal de los fenómenos históricos, en el marco de la cual se dé una significación a lo posible, a lo efectivo y a lo necesario de los acontecimientos históricos. No quiero entretenerle más tiempo con esta nebulosa; quisiera, de todos modos, que en su próxima carta me declarara con ferviente sinceridad si lo apuntado antes puede tener interés para un historiador o se trata de una ociosa y baldía elucubración sin consecuencias. Naturalmente, le estoy hablando en serio.

No me dice usted todavía si, al final, la Sudamericana le hizo solemne entrega de mi importante y decisiva obra titulada "El sentido de la muerte". Supongo que así ocurrió. No tiene usted la menor obligación de leerla (no faltaba más); sin embargo, si algún día se decide a atacar ese ladrillo, creo que por lo menos hay unas páginas que podrían interesarle: se trata de aquellas (en el Cap. III) donde se bosqueja una teoría de la existencia humana como "substancia racional de naturaleza histórica", y acaso las del Cap. IV donde se presenta una historia de la idea del alma que, por supuesto, tiene alguna relación con lo que podríamos llamar los fundamentos de Occidente.

No sabemos cuándo nos dirigimos a B. Aires; la famosa Enciclopedia no estará lista hasta Julio o Agosto próximo, y quisiéramos pasar un par de meses en Francia antes de encaminarnos al Plata. Todo depende, naturalmente, de este último término puesto bajo forma femenina, esto es, ~~de~~ no del Plata, sino de la Plata que a la sazón pueda pedirse prestada. Ya seguirán al corriente de nuestras vicisitudes viajatorias, aunque imagino que de aquí a aquellas fechas todavía habrá tiempo de cruzarnos -paralelamente, puesto que Teresa y René mantienen una serie privada- una regular cantidad de correspondencia.



Como estoy relativamente aislado en este centro mundial, casi ignoro lo que, desde el punto de vista cultural, se está haciendo por ahí. No hablo de lo que se hace desde otros puntos de vista, que es de dominio público. Alguna que otra vez recibo "Sur", pero nuestro querido Ayala o no me manda "Realidad" o, si me lo manda, es inmediatamente absorbido por algún aficionado en Correos de la literatura realista. Me gustaría ver los números en que he publicado dos reducidas, pero substanciosas notas, desde EE.UU., pues nada supera el placer de releerse. A pesar de todo, mi fidelidad a "Realidad" es tan grande que, a pesar de tanta inco-nexión y de un trabajo abrumador, estoy pensando en hacer algún día no demasiado lejano un artículo para la revista que producirá sensa-ción...en mi casa. Se titula "Wittgenstein y la destrucción" y es de lo más original que se habrá publicado en los últimos tiempos, con consideraciones profundas sobre nuestro tiempo al hilo de un sutil y a la par magnífico examen de ciertos asuntos, etc. etc. (No le sorprenda este estilo; he venido observando en los últimos años que la única manera de que le hagan a uno caso es comenzar por in-sistir uno mismo sobre sus propias cualidades: estoy empezando con usted para ver lo que resulta).

Querido José Luis: ya sabe que sus cartas son re-cibidas aquí con gran placer. Los de casa están muy bien (si excep-tuamos mi dolor de muelas); Jaimito está hecho un verdadero inte-lectual; conoce todas las letras del abadedario. A pesar de que yo lo he disuadido de este aprendizaje (que reputo peligroso), se ha empeñado en proseguirlo. Allá él; ya verá lo que el mundo del futuro reserva a los precipitadamente ilustrados. Reciba un fuer-te abrazo de su amigo,

Herrera

F.S. Impacientes para ver el nuevo "nido", con o sin gallinas.